



Tiempo de Rehabilitación.

Dave Wottle, atleta norteamericano, terminaba su calentamiento y se preparaba para la final de los 800 metros de los Juegos Olímpicos de Munich, en 1972. Se había hecho muy conocido en las series de calificación porque corría tocado con una enorme gorra blanca como las que usan los jugadores de golf. Instantes antes de que sonara el disparo de salida, Wottle situó su pierna izquierda justo en la línea blanca pintada en el tartán. Procuraba concentrarse, evitar que la tensión entumeciera sus músculos y controlar la respiración. Oía el estruendo y los gritos del público en un segundo plano. En ese momento, su pensamiento producía un curioso fenómeno: la meta, el objetivo, estaba de alguna forma presente en el momento de la salida, en el inicio de la carrera. El objetivo de la victoria, el logro de recorrer aquella distancia, estremecía el cuerpo del atleta y lo disponía a la acción. Así, la meta iba a estar presente en la mente de Wottle en cada uno de los ochocientos metros que le separaban de ella. Y así, sonó por fin el disparo de salida.

Y allí todo empezó a ir mal para el americano. Arzhanov, el ucraniano, que corría por la calle uno, pronto se puso en cabeza, seguido por los keniatas Boit y Ouko. El alemán Deiter Fromm, uno de los favoritos, pronto se situó en cuarto lugar. Wottle empezó a rezagarse desde la primera curva y pronto se descolgó del grupo. Algo no funcionaba bien en su cuerpo: sentía pinchazos en los músculos de sus piernas, que parecían atravesadas con alambres. El público rugía en su favor porque pensaban que aquélla era una de las habituales estrategias del corredor. Pero la distancia con el grupo seguía aumentando hasta los seis, siete, diez metros y la cara crispada de Wottle reflejaba todo su sufrimiento. Pero no se daba por vencido. En su mente estaba la meta como un pensamiento casi obsesivo, y aun ahora añadía otro objetivo: alcanzar al alemán oriental Kermer, que corría en séptimo lugar al final de la primera vuelta. Faltaban aun otros cuatrocientos metros y Wottle sintió que sus músculos, por fin, le permitían aumentar el ritmo de su zancada, ahora ligera e infinita. Y así, pronto alcanzó a Kermer, y al superarlo, aun sintió mayor fuerza en sus piernas, y más aún cuando superó al inglés Carter, que ya trotaba agobiado al principio de la última curva. Fue entonces cuando Arzhanov lanzó su ataque definitivo y se puso en cabeza. Wottle, aun muy alejado, observó el ataque y trató de responder. Y así, apretó los puños, y comenzó a correr desaforadamente, construyéndose metro a metro como hacen las olas; con la visión enturbiada, el suelo temblando bajo sus pies y un punzante dolor en las sienes. Fromm sintió el vendaval que le superaba por la derecha y vió cómo Wottle esprintaba hasta ponerse a la altura de los dos keniatas. Arzhanov, a diez metros de la meta, ya parecía saborear la victoria y no vio llegar al americano, que en un último esfuerzo le sobrepasó justo en el último metro de la carrera. El público gritaba enfervorecido. Arzhanov cayó al suelo exhausto, todavía sin creerse lo que había sucedido. Dave Wottle levantó sus brazos en señal de victoria. Pese a todas las dificultades, había logrado su objetivo.

Esta hazaña deportiva de Wottle me recuerda la aventura personal que Luis ha tenido que vivir. La meta estaba presente en cada metro de la carrera del atleta americano, incluso en el momento de la salida. La meta de Luis era la que hoy se cumple, volver a sentirse útil, tener un trabajo. Pero para llegar hasta aquí Luis ha tenido que ir paso a paso, zancada a zancada, en su particular final olímpica. Los ingresos, el esfuerzo por salir de casa e ir a la psiquiatra, sus entrenamientos en los centros de rehabilitación, eran sus objetivos parciales, de los que salía siempre fortalecido. Como Wottle al superar a sus adversarios.

Tiempo de Rehabilitación.



Pero esta meta final, el trabajo, ha sido para Luis sobre todo el fruto de su esperanza. Él confiaba en llegar hasta donde han llegado también su amiga Rosa y otras personas afectadas. Ese era su “particular” motor, el que le daba una fuerza añadida. ¿Qué hubiera pasado si Luis se hubiera entregado a la desesperanza? Pero la carrera de Luis es más importante aun que la de Wottle, porque el objetivo es la vida, vivir, con todo lo bueno que eso acarrea, con todas las dificultades que nos proporciona a todos.

La esperanza no la regalan por la calle ni se compra en las tiendas de una gran superficie. A la esperanza se llega con esfuerzo, mediante proyectos, objetivos, metas. Todos tenemos a menudo que alimentar nuestra esperanza. Nuestros compañeros, nuestros amigos, también suponen una esperanza: “¿Qué hacemos mañana?”, “¿Quedamos el fin de semana?”, “¿Quieres salir conmigo?”, “Me gustas tanto que me gustaría estar siempre contigo....”. Todas estas preguntas, si nos fijamos, se refieren al futuro. Las personas no somos estatuas, que suelen tener una presencia majestuosa, pero ni sienten ni padecen; están tan quietas porque son de bronce, mármol, barro.... pero también están quietas porque no tienen futuro. Tenemos manos, pies, cabeza, brazos; estamos hechos con músculos, huesos, piel... pero de la misma forma estamos hechos de eso tan sutil, excitante, estimulante que es el futuro. Todos tenemos la necesidad de las metas. Todos somos como Luis. Todos somos como Wottle.

Una última cosa: prueba a introducir el nombre del atleta y podrás ver la final de Munich en Internet. Es increíble.

© José Colis, Virginia Galilea